



El otoño, con sus marcados atardeceres gloriosos y hojas de arce rojo, aún no había llegado, pero el festival del fin del verano de Kanezaka, que duraba una semana, pregonaba su llegada. El culmen del festival, un despliegue de fuegos artificiales deslumbrante, llevaba siglos haciendo las delicias del público, y a Kiriko Kamori le traía nostalgia. Su madre había instruido a los hijos de Sojiro Shimada, el líder del clan, en el arte de la espada y su padre se encargaba de forjar las armas, de modo que Kiriko había sido una habitual en el castillo Shimada. De pequeña, se pasó muchos años observando, anonadada, las explosiones casi mágicas de colores desde el balcón del castillo. Allí, estaban perennes los hijos de Shimada: Hanzo, siempre diligente y con la vista puesta en un futuro cargado de responsabilidades, y Genji, que solía robar dulces para dárselos a ella cuando los numerosos sirvientes se despistaban.

—La mejor vista de toda la ciudad —espetó el mayor de los Shimada en una ocasión. Y no exageraba.

Pero había llovido mucho desde entonces. Los Shimada hacía unos diez años que ya no vivían ahí,

y su castillo tenía nuevos inquilinos.

—Siempre me digo «ojalá estos fuegos artificiales no sean los últimos del año» —admitió Kiriko conforme Ryōta, Nobuto, Sakura y ella se sumaban a la multitud de vuelta a la ciudad.

—¿Quién sabe? Quizá no lo sean —respondió Ryōta con una sonrisita.

Ryōta trabajaba de ayudante en el restaurante Gozan Ramen. No era el mejor trabajo del mundo, pero le permitía presenciar conversaciones interesantes. Él y sus amigos aprovechaban, rozando la ilegalidad, toda la información que recababa, ya que se habían propuesto plantarle cara a la organización criminal que llevaba aterrorizando Kanezaka desde la caída de los Shimada.

Los Hashimoto no tardaron mucho en llenar el vacío de poder que habían dejado los Shimada y, en la década posterior, el yugo sobre la región no había hecho sino acrecentarse. El dinero de los Hashimoto estaba terriblemente sucio, pues lo obtenían mediante el contrabando y otras malas artes todavía peores. El hospital siempre estaba lleno de pacientes que se habían «caído» al cruzarse con alguno de sus miembros. A los turistas se les decía que la ciudad cerraba sus puertas pronto por tradición, pero se debía a que Kanezaka no era un lugar seguro cuando caía la noche; no desde la llegada de los Hashimoto.

Ryōta y sus amigos eran poco más que unos vándalos, pero Kiriko sabía perfectamente que sus ideales y su ira iban en la dirección adecuada. El pequeño grupo había pintado graffitis, roto ventanas de las fortalezas de los Hashimoto y, en una ocasión en la que se armaron de valor, incluso entraron a robar en el Tora no Sumika, el bar de los Hashimoto que le habían arrebatado a una familia local y ahora hacía las veces de mercado negro.

Un día, Ryōta prometió que él y sus amigos atacarían donde más duele. Kiriko estaba segura de ello; solo necesitaban que se les presentase la ocasión, y esta llegó antes de lo que pensaban.

Ryōta sabía por Nobuto que iba a llegar un cargamento de armas al puerto más cercano en un par de días. Sakura avisó al grupo de que había visitado a su tío, que trabajaba descargando mercancía en los almacenes, y que había podido ver el código que este había introducido para abrir la puerta principal. El cargamento de armas se quedaría allí la noche entera y pasarían a recogerlo por la mañana. Solo tenían una oportunidad.

Kiriko, Ryōta, Nobuto y Sakura atravesaron la entrada del patio sin oposición, aunque Kiriko estuvo atenta en todo momento. El código funcionó sin problema, pero, cuando se abrieron las puertas, el firmamento desprovisto de luna se bañó de una luz fuerte y penetrante.

—¿En qué plataforma está el objetivo? —preguntó Kiriko.

—En la seis, siete, cinco —respondió Ryōta—. Sakura tiene otro código de acceso, pero antes hay que apagar esas luces.

—O las cámaras —contestó Kiriko conforme sacaba un par de kunáis que hizo girar con destreza. Acto seguido, apuntó a una en lo alto de un edificio.

El grupo intercambió sonrisas de alivio; sabían de lo que era capaz.

—Perfecto —siguió Ryōta—. Desactívalas, Kiriko. Nosotros iremos a la plataforma y la habremos abierto para cuando regreses.

El grupo se dividió a toda prisa prestando mucha atención a su alrededor. Kiriko cerró los ojos y se concentró.

«Espíritu del zorro, guíame».

Enseguida sintió calidez y afecto, suave como la caricia de una cola peluda, y se formó una imagen en su cabeza. Entonces, abrió los ojos. El espíritu del zorro había respondido. La figura etérea de brillo tenue apareció sobre el edificio más cercano, preciosa como la luz de la luna, inclinándose ante Kiriko e invitándola a jugar.

Kiriko sonrió y le devolvió la reverencia. Acto seguido, saltó hacia la pared, la escaló con elegancia y se apresuró, pero el espíritu ya correteaba por el tejado. Kiriko fue detrás, con la mirada puesta en las cámaras de seguridad y las manos en busca de los kunáis para lanzarlos con velocidad y precisión. Una de las cámaras chisporroteó, pegó un fogonazo y se apagó. El espíritu del zorro bajó del edificio flotando suavemente y Kiriko se teletransportó dos metros delante de donde este iba a aterrizar.

La carrera había empezado. Ambos recorrieron los edificios anexos mientras Kiriko inhabilitaba una cámara tras otra hasta que no quedó ninguna. El espíritu giró en una esquina y Kiriko notó que su energía cambiaba.

El espíritu del zorro dejó atrás su apariencia juguetona y adoptó una forma sobrenatural, inimaginable, pero aterradoramente real. Había tres guardias Hashimoto junto a una puerta del almacén. Kiriko puso en práctica el entrenamiento de su madre con dos de ellos: derribó al primero con la empuñadura del kunái y al segundo de un codazo preciso en la sien. Entonces, fue a por el tercero golpeándolo en la mano para tirarle el arma, pero este mantuvo la compostura e intentó agarrarla. Kiriko lo asió del brazo estirado y lo lanzó hacia delante, se agachó y lo golpeó con el hombro en el abdomen para terminar arrojándolo contra el suelo. Lo dejó inconsciente.

Kiriko los arrastró al interior del almacén y los encerró en el armario del conserje. Entonces, se

teletransportó al tejado del edificio más cercano, escrutando la zona en busca de más amenazas. Por debajo, sus amigos ya casi habían llegado a la plataforma, pero vio algo que ellos no podían vislumbrar: otro guardia Hashimoto que se dirigía hacia ellos.

La joven se apresuró hacia ellos conforme Sakura abría la puerta hacia la plataforma con la mercancía que buscaban. La adolescente retrocedió satisfecha. Kiriko le propinó varios golpes precisos en el estómago al guardia y luego en el cuello hasta dejarlo fuera de juego. Cayó en seco a centímetros de su amiga.

—Justo a tiempo —le dijo Nobuto a Kiriko.

Todo el mundo fijó la vista en la mercancía. Las cajas eran inconfundibles, marcadas con el mismo emblema de cabeza de tigre que había en el bar controlado por los Hashimoto, pero el cargamento era muy pesado y difícil de mover. Aun así, el grupo siguió adelante y Ryōta, que había ideado el plan, tuvo el honor de abrir la primera caja. Como pensaban, estaba llena de armas y todos las observaron con seriedad.

Kiriko se dispuso a empujar una caja hacia la plataforma. Era improbable que los Hashimoto las buscaran en el fondo de las turbias aguas. Sin embargo, Ryōta la agarró del antebrazo:

—Espera. Te dije que no serían los últimos fuegos artificiales del año.

Entonces, abrió la mochila. Kiriko observó lo que contenía.

—Eso dijiste, sí —respondió bajito.

—Llevamos reuniendo fuegos artificiales todo el verano esperando a que se nos presentara esta oportunidad. Hasta he preparado temporizadores; no hay nada que temer. ¿Te imaginas la explosión? ¡Van a ver con quién se han metido esos cerdos!

—Sí —respondió Kiriko—, se van a enterar.

Al notar la falta de entusiasmo en su voz, la sonrisa de Ryōta se esfumó.

—¿Qué sucede?

—Veréis, antes de que lo hagamos, tengo que hablaros de una historia que me contó el propio Sojiro Shimada, a mí y a sus hijos Hanzo y Genji. Fue la noche después del festival del fin del verano.

Ryōta, Nobuto y Sakura eran más jóvenes que ella, demasiado como para recordar el vínculo centenario que había forjado el clan Shimada con el pueblo de Kanezaka. Hace cientos de años, los aldeanos les proporcionaban arroz a los soldados de Shimada para que pudieran seguir luchando y cultivaron los famosos melocotones de Shimada, elemento de gran orgullo en el seno del clan. Los Shimada comprendieron que su poder procedía de la estrecha relación que tenían con el pueblo de

Kanezaka. Tomaban suministros de su gente, sí, pero los Shimada aprendieron una lección que los Hashimoto desconocen: los campos de arroz y los melocotoneros requerían cuidados para prosperar, al igual que el clan mediante los cuidados del pueblo de Kanezaka.

Sakura frunció el ceño.

—Creo que no es buen momento...

—Lo es —aseveró Kiriko.

Sabía que el bisoño grupo estaba decidido a dar el primer paso hacia un camino tenebroso y ella sabía que debía impedirlo y ofrecerles, quizá, una ruta alternativa.

—Hace mucho tiempo, Kanezaka se preparaba para celebrar el festival del fin del verano. Todas las noches, la gente salía de sus casas para ver el impresionante despliegue de fuegos artificiales junto al río, a las afueras de la aldea. Había un clan rival de la zona que lo sabía y, un verano, se dispuso a acabar con el mandato de los Shimada en Kanezaka... y a reducirlo todo a cenizas.

Ryōta apartó la mirada, como sabiendo el cariz que iba a tomar la historia.

—Con todo el mundo distraído, sabían que podrían incendiarlo todo sin oposición. Entonces, el clan le prendió fuego a la arboleda de melocotoneros, a los hogares... Incluso intentaron destruir el santuario del zorro. Por si fuera poco, asesinaron a los guardias que se encargaban de los fuegos artificiales e incendiaron el edificio. Se dice que la explosión fue al mismo tiempo la más bella y la más horripilante que se recuerda. Humo y fuego, colores y centellas... por todas partes.

—Pero ¿por qué? —preguntó Sakura—. ¿Solo para derrocar a los Shimada?

Kiriko asintió.

—Sabían que los Shimada eran los únicos capaces de plantarles cara y quisieron apropiarse de todas sus posesiones: la organización, el castillo y el propio pueblo de Kanezaka. El ataque estaba pensado para debilitar y desmoralizar a los Shimada; los ciudadanos eran meros daños colaterales.

Todos los amigos fijaron la vista en el suelo.

«Bien». Debían metérselo en la sesera si querían alcanzar el objetivo de la forma correcta.

—El clan asumió que los Shimada pensaban igual que ellos. No había nada de valor en Kanezaka realmente, ni obras de arte ni piezas extraordinarias: tan solo gente. Se creían que los Shimada enviarían carros cargados de agua desde el castillo para extinguir los incendios de los árboles frutales o de los campos de arroz. Los cultivos eran importantes; los agricultores, reemplazables. El clan enemigo ocultó a sus guerreros entre los árboles, listos para atacar a los incautos Shimada.

Ese fue su error, pues los Shimada no pensaban como ellos y llegaron a Kanezaka con veinte carros cargados de enormes jarras de agua, alimentos de sus despensas, medicinas y médicos. Hasta los herederos se personaron para coordinar la operación. Cuando atendieron a la gente, los guerreros de Shimada y los ciudadanos se dirigieron a las huertas de árboles juntos, superando con creces a las unidades del clan enemigo. No tardaron en extinguir las llamas y en deshacerse de los intrusos.

Kiriko recordó cómo Sojiro se había dirigido a sus hijos con voz serena y firme: «Aprended la lección. Esto es lo que hacemos los Shimada: cuidamos de nuestra gente al igual que ellos cuidan de nosotros. Si están hambrientos, los alimentamos; si están heridos, los curamos; si la ciudad está en llamas, las extinguimos... Un líder debe tomar las riendas o no será más que un parásito».

Kiriko se dirigió a Ryōta:

—La idea de los Hashimoto para gobernar Kanezaka es la misma. En el pasado, los rivales de los Shimada usaron nuestro festival y nuestros fuegos artificiales —algo que nos caracteriza y de lo que nos orgullecíamos... y nos seguimos enorgullecendo— para demostrar lo insignificantes que éramos y lo poderosos que eran ellos. Ahora, los Hashimoto maltratan a nuestras familias, controlan nuestras tiendas, son dueños de nuestras calles...

Escudriñó a Ryōta con compasión.

—Una explosión así destruirá mucho más que las armas de los Hashimoto. Podrías incendiar este lugar, hasta el pueblo entero. La gente, nuestros vecinos y amigos, podrían morir...

Ryōta se mordió el labio inferior sopesando las palabras de Kiriko.

—No digo que los Shimada lo hicieran todo bien, y menos al final, pero debes preguntarte qué mensaje le vas a enviar al mundo sobre nosotros —aseveró señalando a la bolsa que sujetaba Ryōta.

Ryōta la miró a los ojos por fin:

—Dejaré claro que somos fuertes..., pero también que no somos mejores que los Hashimoto.

Kiriko asintió.

—No debemos darle al pueblo de Kanezaka más motivos para tener miedo, pero eso no significa que no debamos asustar a los Hashimoto, y no se me ocurre nada más aterrador que un ejército que ataca desde las sombras, un ejército sin rostro, algo inexplicable...

—Como fantasmas: los Yōkai —completó Ryōta.

El estado de ánimo cambió en el grupo y Kiriko vio incluso alguna que otra sonrisa. En su corazón,

percibió la aprobación del espíritu del zorro.

—¿Qué os parece si, de momento, tiramos las armas al agua? —propuso Sakura.

Ryōta asintió mirando a la mochila cargada de pirotecnia.

—¿Qué hago con esto?

—Los usaremos para celebrar la victoria —afirmó Kiriko con una sonrisa.